

## **IN MEMORIAM**

Publicamos en este número de AISTHESIS, el artículo de don Antonio Romera, "La Generación de 1940, de la Escuela de Bellas Artes", que nos hiciera llegar pocos días antes de su muerte (26 de junio de 1975).

Con ocasión de cumplirse un año de su fallecimiento, hacemos nuestras las sentidas palabras del Profesor Gaspar Galaz, en el homenaje póstumo que le rindiera la Corporación Cultural de la Ilustre Municipalidad de Santiago:

"En la vida de Antonio Romera se conjugaron diversas actividades: periodista, caricaturista, crítico e historiador de arte.

En esta oportunidad, queremos recordarlo a través de las dos últimas dimensiones, es decir, como crítico y como historiador de arte.

Dos facetas que lo revelaron como el apreciador intuitivo y certero en sus juicios valorativos y como el investigador incansable que encontró en la obra de arte el testimonio original que ofrecían nuestros artistas para mostrarse y mostrar mediante la obra el rostro de un pueblo. Este español de origen, pero chileno por su cariño y entusiasmo por nuestra tierra, supo descubrir y divulgar, gracias a su infatigable labor en la prensa como crítico o en los libros como historiador, los valores estéticos que germinaban en nuestra patria.

La crítica y la historia del arte no fueron actividades ni ocasionales ni surgidas improvisadamente. Sus estudios de Pedagogía y de Estética en España y Francia fueron la semilla que fructificaría en nuestro suelo. Al poco tiempo de radicarse en Chile, ya lo teníamos escribiendo comentarios de pintura, teatro y cine en el diario "La Nación" y años después en "El Mercurio". A pesar de la necesaria brevedad de sus escritos en la prensa, es posible apreciar en ellos una fundamentación estética y una orientación

pedagógica que, en un lenguaje sencillo, permitían al lector común asimilar las orientaciones básicas que le facilitaban su ingreso a la obra, para poder así apreciar mejor su valor.

¡Difícil misión la del crítico de arte! Las incomprensiones son habituales y más aún en nuestro país, donde el espíritu crítico está fuertemente enraizado en nuestra personalidad. Todos nos sentimos críticos de algo, aunque no lo dominemos, sino de una manera muy superficial. Y más cuando se trata de arte, manifestación humana, que por esencia no es mensurable en términos cuantitativos ni formulable en certezas absolutas.

Antonio Romera estuvo siempre consciente de lo delicado que era formular juicios estéticos; cada vez que lo hizo meditó cuidadosamente lo que diría; respaldado por el conocimiento que tenía del fenómeno artístico emitió juicios objetivos, hasta donde es posible hacerlo en relación con el arte. Jamás condenó injustamente la obra de un artista y, si su comentario no era favorable, siempre lo hizo con ánimo positivo. ¿Quién podría negar que lo más difícil pero, a la vez, lo más honesto es, justamente, criticar con ánimo constructivo?

El crítico recorría semana a semana las galerías y museos, buscando siempre las obras de calidad o a los artistas de promisorias cualidades, que necesitaban el respaldo del conocedor, quien, al estimularlos, les daba el impulso que necesitaban para perseverar y continuar en su trabajo creador. No hubo recinto dedicado a las exposiciones de arte que él no conociera: desde las antiguas galerías del Banco Chile, del Palacio de la Alhambra hasta ésta más reciente, La Capilla, en cuya creación tuvo relevante desempeño. Todas fueron visitadas para sintetizar en el artículo de prensa o en el ensayo sus comentarios y reflexiones.

Pero el crítico fue también historiador. Quiso penetrar en los orígenes y en la evolución de la pintura chilena. Se dio cuenta, desde su llegada a nuestro país, que aquí había una veta digna de ser explotada y que no había merecido mayor atención. Comprendió que, junto al documento histórico, que da cuenta del devenir de un pueblo, había también otros testimonios, tanto o más valiosos que aquél, que en su capacidad de expresión revelan a través del artista los anhelos y esperanzas de un pueblo, sus sacrificios y desdichas, y lo constantemente cambiante del escenario histórico, que también se refleja en la evolución de las formas plásticas. Con perseverancia desenterró del olvido a pintores y obras, ubicándolos en el tiempo y en el espacio, con criterio selectivo, para mostrar el desarrollo de nuestra pintura en estos 165 años de vida independiente. Su obra **La Historia de la Pintura Chilena**, ha preservado nuestro patrimonio plástico, rescatándolo del pasado, que la memoria con lamentable frecuencia olvida.

Antonio Romera ha dejado una antorcha encendida, para que otros mantengan su fuego. Esta es su herencia y quienes sentimos el cariño por el arte, tenemos que mantener y vivificar su luz.

Antes de terminar, permítaseme en este homenaje recordatorio dedicado a Antonio Romera, una palabra para su señora esposa. Aunque no pudo acompañarnos en esta oportunidad, es de justicia tributarle nuestro reconocimiento: ella fue siempre su más fiel colaboradora; nadie mejor que ella supo de su trabajo, de sus desvelos y de sus alegrías, acompañándolo solidariamente en su doble camino: por la vida y por el arte.”.